Find more issues at
magazinesdownload.com

Es el último de su especie. Un 'couturier' de la época dorada de la alta costura que vistió a Audrey Hepburn, Jackie Kennedy o Wallis Simpson. 'Vanity Fair' inaugura con una fiesta la exposición sobre su obra en el Museo Thyssen Bornemisza. Nos encontramos con el conde Hubert de Givenchy en su mansión del Loira donde nos habla de las mujeres de su vida, de su maestro Cristóbal Balenciaga y de por qué la moda contemporánea no le interesa en absoluto. Por RAQUEL PELÁEZ

CABALLERO

El conde Hubert de Givenchy en el comedor de su castillo del siglo XVI, el Manoir du Jonchet.

EL ÚLTIMO UTIER

ASISTENTE DE FOTOGRAFÍA: YAGO CASTROMIL

FOTOGRAFÍA DE **PABLO ZAMORA**

P

arece el nombre de un emperador de una civilización antigua: *Aswuan IV.* Pero es el apelativo del perro mejor alimentado de Europa. Su amo habla de los tiempos gloriosos de la alta costura frente a una mesa tan refinada que haría palidecer a María Antonieta, mientras una mujer uniformada con un batín de rayas blancas y verde menta nos ofrece suflé en bandeja de plata. El perro, un labrador negro, sentado junto a la silla presidencial, recibe de vez en cuando algún bocadito de queso o de otra *delicatessen* de las mismas manos que diseñaron la ropa de la inolvidable Holly Golightly de *Desayuno con diamantes.* Son las manos de Hubert de Givenchy, el hombre que aparece en las enciclopedias junto a Coco Chanel, Christian Dior, Cristóbal Balenciaga, Jeanne Lanvin o Pierre Balmain. Solo que él está vivo. Es el último *couturier* de su raza y lo sabe. Hoy nos ha invitado a comer en su castillo del siglo XVI, el Manoir du Jonchet, situado en el corazón de Francia, a 130 kilómetros de París.

El *New York Times* dijo de él una vez que era guapo como un actor de Hollywood y alto como un jugador de baloncesto. Contenido y educadísimo, usa las palabras *allure* e *impecable* en una de cada tres fases y repite constantemente lo mucho que ama España: "¡Balenciaga me llevó allí muchas veces! A Madrid, a Guetaria, a Toledo...". También insiste en lo entusiasmado que está con la exposición *Hubert de Givenchy*, una retrospectiva que Vanity Fair inaugurará con una fiesta en el Museo Thyssen-Bornemisza el 20 de octubre y que el público podrá visitar desde el día 22 al 18 de enero de 2015.

Sus maneras, su aspecto y sus referentes tienen muy poco que ver con las de Riccardo Tisci, el director creativo transgresor, excesivo y posmoderno que en la actualidad firma las colecciones que ▷

Find more issues at magazinesdownload.com

Find more issues at magazinesdownload.com

Uno de los salones del Manoir. En el centro, la mesa que Alberto Giacometti diseñó personalmente para Givenchy. Sobre ella, una maqueta en escayola.

"NO QUIERO CRITICAR LO QUE SE HACE AHORA.

VENDÍ MI NOMBRE Y *VOILÁ*. FIN DE LA HISTORIA"

'MANOIR'

La fachada principal de la mansión que Givenchy compró a principios de los años setenta. Los ciervos son el símbolo de Saint Hubert, patrón de la caza y fetiche del conde de Givenchy.

llevan su apellido. "No quiero criticar o decir nada malo de lo que se hace ahora. Yo vendí mi nombre y *voilá*. Fin de la historia", dice cuando se le pregunta por el trabajo que realiza en la actualidad la *maison* a la que renunció hace veinticinco años. "Yo ya no formo parte de ese universo, pero estoy orgulloso de enseñar al mundo una muestra pequeña de lo que hice con mi equipo".

Hubert de Givenchy habla del pasado con parsimonia, generando una atmósfera de suspense. Sus manos, enormes y llenas de signos que acusan 89 años de experiencia, apenas se mueven incluso cuando rememoran las historias más increíbles: "Recuerdo a aquella señora, la condesa de Camargo. Había sido una gran terrateniente del azúcar en Cuba y había tenido que huir a Miami cuando la Revolución. Siempre venía al *atelier* con dos mucamas que traían bolsas de plástico llenas de algo pesadísimo en cada brazo y nos preguntábamos qué demonios llevarían ahí. Un día nos enteramos de que eran kilos y kilos de zafiros, rubíes, esmeraldas y diamantes. ¡La señora iba con sus joyas a todas partes porque tenía miedo de que se las robasen!". Carcajadas entre las paredes del suntuoso comedor.

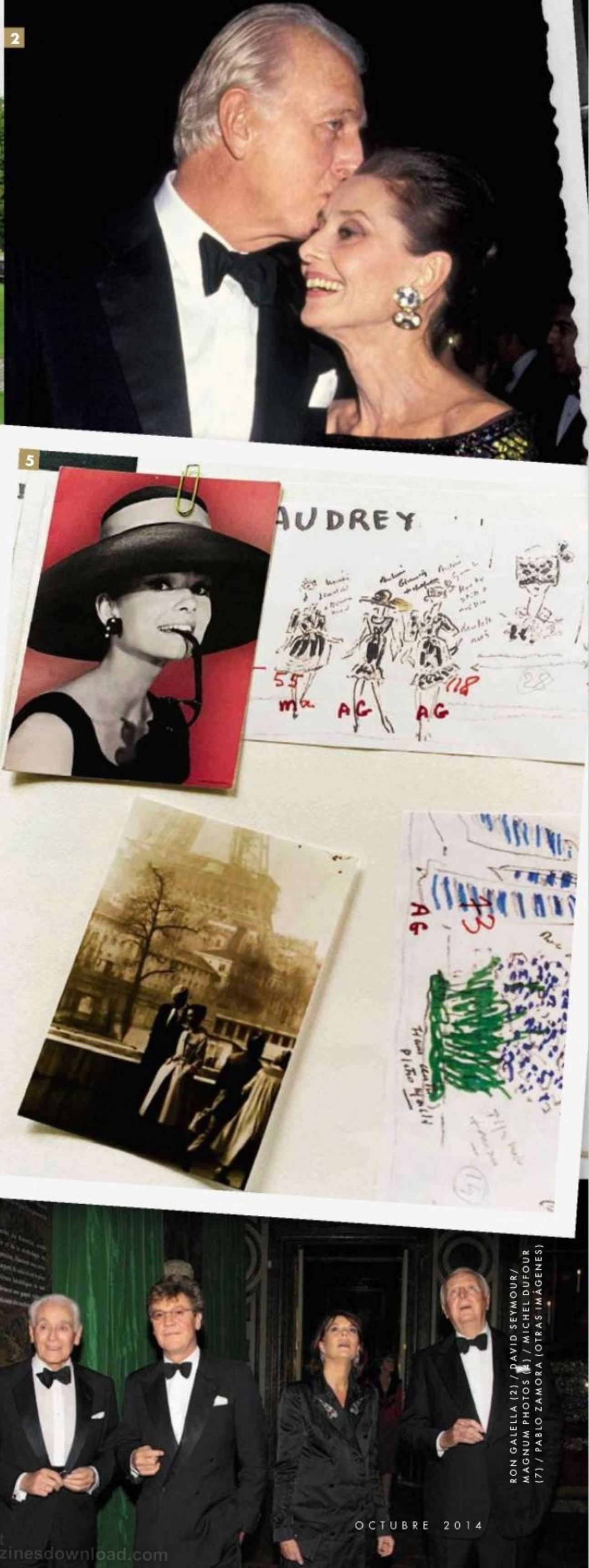
La prensa especializada en moda se refiere a Hubert de Givenchy simplemente como *Le Grand*. Hoy, todo a nuestro alrededor —desde los jardines con laberintos de boj inspirados en los del monasterio de San Giorgio de Venecia hasta el nombre del perro, pasando por las anécdotas— es, efectivamente, grandioso: "La condesa nos contó que muy pronto habría un desembarco estadounidense en las playas de Varadero. Era amiga del presidente Kennedy y poseía información privilegiada. A mí me quería hacer un encargo muy especial... ¡Un traje de camuflaje!". Más carcajadas. Relatos similares a este atesora a cientos. Como el de aquella clienta a la que llamaban "Señora Bang Bang" porque corría por París el rumor de que había matado a su esposo de dos disparos por accidente; o aquella otra que llegaba completamente borracha a los *fittings*. Ni qué decir tiene que la condesa de Camargo nunca llegó a usar su traje de camuflaje. Sí llegarían a vestir las creaciones de Hubert de Givenchy mujeres de Estado (Jackie Kennedy, la duquesa de Windsor, Grace Kelly), *socialites* multimillonarias (Bunny Mellon, Sunny von Bülow) y actores de Hollywood (Deborah Kerr, David Niven, Elizabeth Taylor, Greta Garbo). Y sobre todo Audrey Hepburn, su musa y su mejor amiga.

El conde Hubert de Givenchy vive rodeado de un lujo versallesco y se guía por un protocolo de buenas maneras propio de una casa real pero, a la vez, todo lo hace con una naturalidad muy liviana. Nació en Beauvais en el seno de una familia aristocrática y adinerada de la que heredó el título nobiliario. Su padre era el marqués de Givenchy (título que heredó su hermano y socio Jean-Claude) . Su abuelo materno, el dueño de una prestigiosa fábrica de tapices. Pero a pesar de sus orígenes, su infancia no fue fácil. Su progenitor murió cuando él era un niño y su madre tuvo que hacerse cargo de su crianza y la de su hermano sin ayuda económica de nadie en los peores años de la Segunda Guerra Mundial. Él sabía desde niño que quería ser diseñador de moda. "Con quince años tomé un tren hacia París sin pedir permiso a nadie. Fui a presentarle mi colección de bocetos a Cristóbal Balenciaga". Admiraba al modisto español de una forma obsesiva y quería intentar unirse a sus filas. "Cuando llegué allí la jefa de salón me echó un jarro de agua fría. Ahora me alegro de que no me recibiese. ¡Le hubiese espantado mi trabajo". Tendrían que pasar unos cuantos años aún hasta que se hiciera realidad el sueño de conocer al que para él era el mago absoluto de la costura.

Solo un año después, el joven Hubert se trasladó permanentemente a la capital francesa para estudiar Bellas Artes. Pronto lo contrataron en el estudio del diseñador más excitante del momento, Jacques Fath. "Tuve que dejarlo porque me pagaban poquísimo y yo debía ayudar a mi madre", recuerda. Se fue a trabajar a Robert Piguet pero estando allí un amigo le dijo: "Hay alguien que quiere verte. Se llama Christian Dior", explica Givenchy, haciendo ver que entonces el maestro de Avenue Montaigne aún no era nadie. "Dior me pidió que me formase en Lelong y en Schiaparelli. Después me contrataría". En Schiaparelli empezó a disfrutar de las posibilidades creativas que le brindaba la excentricidad de la modista: "Trabajé codo con codo con Françoise de Langlade, que más tarde se convertiría en la esposa de Oscar de la Renta y con Maxime de la Falaise, la madre de Lou Lou, quien sería la musa de Yves Saint Laurent". Allí comenzó a gestar todas las ideas que después aplicaría a sus propias creaciones: los cortes transgresores, las prendas más informales, lo *chic*... Y allí conoció también al que sería su mejor amigo el resto de su vida, el también *couturier* Philippe Venet.

"ALGUNAS MAÑANAS SONABA EL TELÉFONO EN EL 'ATELIER'. CUANDO CONTESTABA ERA AUDREY QUE DECÍA: 'SOLO LLAMO PARA DECIRTE QUE TE QUIERO"

Venet, dos años más joven que Hubert de Givenchy, nos acompaña hoy en el Manoir du Jonchet en el papel de asistente discreto e inmensamente amable, y me enseña los rincones menos accesibles de la finca en la que él y su compañero pasan los fines de semana (durante la semana residen en París). Nos sigue en nuestro paseo *Aswan IV*. Todo está tan cuidado que uno se imagina a una legión de jardineros y limpiadores acechando entre los arbustos: el jardín de rosas que la rica heredera norteamericana Bunny Mellon diseñó específicamente para la casa, el cementerio de perros donde yacen los tres *Aswan* anteriores y otros siete canes, el invernadero, el lago artificial, la capilla privada, el foso que se llena con agua del Loira, la piscina hoy cubierta a causa del mal tiempo y, sobre todo, su estudio. Una enorme habitación con ▷



RON GALELLA (2) / DAVID SEYMOUR/ MAGNUM PHOTOS (4) / MICHEL DUFOUR (7) / PABLO ZAMORA (OTRAS IMÁGENES)

Find more issues at magazinesdownload.com

RETALES DE UNA VIDA

(1) Patio principal del Manoir du Jonchet. (2) Hubert de Givenchy en la Gala Anual de Estrellas de la Moda de Los Ángeles, en 1991, junto a Audrey Hepburn. (3) El creador y su musa durante el rodaje de *Funny face*, en 1956. (4) El espacio de trabajo de Givenchy en el Manoir. Sobre la chimenea, un bajorrelieve de Giacometti. (5) Bocetos para la exposición del Thyssen. (6) Detalle de la pared del comedor, con estampados chinos. (7) Venet y Givenchy con Carolina de Mónaco y Ernesto de Hannover en 2007. (8) El estudio de Philippe Venet. Al fondo, un *collage* creado por él mismo.

ventanales gigantescos. Venet me explica que fundó su propia casa de costura en 1962: "Durante los treinta y cinco años en los que trabajamos separados, Hubert no me permitía ver sus diseños", dice con una expresión risueña que no deja intuir ni un ápice de resentimiento.

Hoy Hubert de Givenchy sí nos deja ver su sala de trabajo. "Philippe y yo nos dedicamos a hacer *collages* vanguardistas. ¿Te gusta aquel cuadro?", me pregunta con ojos traviesos señalando una composición con sabor a vanguardia del siglo XX: "Es Picasso por Givenchy". Sobre una mesa octogonal reposan decenas de *coffe table books*. "La mesa la diseñó Alberto Giacometti para mí, igual que aquella paloma blanca que corona la habitación". En un escritorio alto se extienden decenas de bocetos aún frescos. "Son mis ideas para la exposición del Thyssen. Cada vestido lleva al lado un cuadro como referencia". En la muestra se expondrán 90 piezas procedentes de colecciones privadas, de museos y de fondos de la *Maison* Givenchy. Durante un año el propio modisto y el museo madrileño han colaborado para conseguirlas. Audrey Hepburn, claro, tendrá una presencia especial. En nuestro camino de vuelta, el *couturier* encuentra sobre una mesa varias reproducciones de una fotografía en la que se le ve junto a Hepburn paseando a las orillas del Sena. "Puedes llevarte una, si quieres". El diseñador y la actriz belga se conocieron en 1952. La misma época en la que él por fin se encontró con su maestro, la persona a la que había pasado su vida intentando imitar: Cristóbal Balenciaga.

Givenchy tenía 25 años y acababa de abrir su propio *atelier*. Finalmente había decidido rechazar la oferta de Dior: "*Monsieur* lo comprendió perfectamente y me dijo que era muy valiente por la decisión que había tomado". En primavera, ya con su propia colección en la tienda, le invitaron a mostrar sus diseños en el Waldorf Astoria de Nueva York. Era una cita importantísima para él. Schiaparelli le había cedido algunas clientas de perfil alto —Marlene Dietrich, por ejemplo— pero ir allí suponía entrar en contacto con la sociedad neoyorquina más selecta. "Cuando llegué a la sala le vi al fondo, sentado, completamente solo. Era Balenciaga. Se escondía tras unas gafas oscuras y no se comunicaba con nadie porque no sabía inglés. El corazón se me salía del pecho, pero me acerqué. Nos pusimos a hablar. Y hablamos tanto que solo paramos cuando un camarero se nos acercó para decirnos: 'Señores, me temo que ya vamos a cerrar". Esa sería la tónica que definiría toda su relación. Conversaciones interminables y comprensión mutua. "A Balenciaga le gustaba apoyar a los jóvenes talentos y vio algo en mí. A mí me daba vergüenza que me ayudase así, pero era lo que él quería. Era muy generoso y era muy auténtico. Odiaba las mentiras y siempre me decía: 'No te metas en camisa de once varas'. 'Sé honesto con tu trabajo'. 'Busca la verdad'. Fue como un padre para mí".

Si Balenciaga hizo las veces de figura paterna en la vida de Givenchy, Audrey Hepburn sería su hada madrina, a pesar de que él esperaba a la otra Hepburn, Katharine, cuando le dijeron que acudiría a su *atelier* en busca de vestuario para su nueva película. *Vacaciones en Roma* aún no se había estrenado en Europa así que en Francia era todavía una desconocida. Audrey se llevó toda su colección para lucirla en su siguiente filme, *Sabrina*, y eso catapultaría al diseñador al estrellato global. Ningún otro modisto volvería a encargarse del vestuario de la actriz en sus películas. No solo acudía a él para temas profesionales: en casi todos los acontecimientos importantes de su vida Givenchy estaba presente. La creación más celebrada del diseñador para la actriz es la columna de seda negra con la que ella se para ante el escaparate de Tiffany que hoy se encuentra, gracias a la donación de Givenchy, en el Museo del Traje de Madrid.

Incluso en el bautizo de su primer hijo, la capotita del niño era obra del *couturier*. El diseñador actuaba como una especie de padrino para el bebé. Hasta hubo rumores de que mantenían un idilio: "Eso era absolutamente falso, pero era comprensible. Íbamos juntos a todas partes y muchas veces porque me lo pedía su marido, Mel Ferrer, que no podía acompañarla. En una ocasión me rogó que fuese a un estreno en Londres al que iba a acudir Isabel II". Givenchy encadena decenas de adjetivos elogiosos cuando habla de ella. "Lo pasó muy mal durante la guerra y juró que nunca jamás filmaría en Alemania [su padre era simpatizante nazi]. En Inglaterra trabajó como bailarina de cabaret. La noche que acudíamos al estreno, subidos en un Bentley, pasamos por Picadilly y me dijo: 'Parece que fue ayer cuando caminaba por aquí de camino a casa en pleno *blitz* y las prostitutas me preguntaban qué tal me había ido el día. Y aquí nos tienes ahora, a saludar a la reina de Inglaterra". Cuando ella enfermó, quien dispuso el avión para trasladarla a Suiza donde recibió el último tratamiento fue Givenchy. Cuentan que ella le dijo: "Gracias por la alfombra mágica". A su muerte, una de las cinco personas que portaron el féretro de la actriz fue él. "No tuvo suerte con ninguno de sus maridos [se divorció las dos veces que contrajo matrimonio], pero jamás le escuché una queja", dice el *couturier* rendido de emoción. "Era tan especial. . . Algunas mañanas sonaba el teléfono en *atelier*. Cuando contestaba era Audrey que decía: 'Solo te llamaba para decirte que te quiero".

De todas las virtudes que Givenchy destaca de su musa, la humildad y la entrega son las que más le fascinan. "Nunca fue pomposa, ni con la gente que trabajaba para ella", dice. "Como Balenciaga". El maestro fue quien le enseñó a Givenchy que no había nada más importante para un *couturier* que la buena relación con las clientas. "Cristóbal sufrió muchísimo cuando algunas de (CONTINÚA EN LA PÁG. 168)

"YVES SAINT LAURENT ERA UN GUÍA PARA LOS CREADORES.

AHORA LAS COLECCIONES TIENEN UN POCO DE AQUÍ Y DE ALLÁ PERO NO HAY ELEGANCIA. ES OTRA ÉPOCA"

Find more issues at magazinesdownload.com

MAESTRO

Givenchy se educó en el seno de una familia aristocrática: "Como Audrey, pertenezco a una generación de jóvenes que sobrevivimos a la Segunda Guerra Mundial".